

Afrocubanas

LA REVISTA

NO. 2
NOVIEMBRE
2020

Cultura, Historia y Pensamiento Afrocubanos

Educación antirracista y
enseñanza de la biología.
¿Se puede?

Con Colón también
llegó el dolor

Tienes el negro cerca

WINNIE BUENO / MEL HERRERA / SANDRA ABD'ALLAH-ÁLVAREZ RAMÍREZ /
ALINA HERRERA FUENTES / YONIER ALEXANDER OROZCO MARIN /
ULISES PADRÓN SUÁREZ

Afrocubanas

LA REVISTA

NO. 2
NOVIEMBRE
2020

REDACCIÓN

Yarlenis Mestre Malfrán
Sandra Abd'Allah-Álvarez R.
Elena Martínez Rodríguez

EDICIÓN

Xenia Reloba de la Cruz

SOPORTE TÉCNICO

Alejandra Aravena

INDICE

¿Por qué yo, una mujer negra, comencé a considerar la posibilidad de relacionarme de forma abierta? **por Winnie Bueno** -5-

Tienes el negro cerca **por Mel Herrera** -10-

El privilegio es poder escoger qué comer **por Sandra Abd'Allah-Álvarez Ramírez** - 11-

Como decir... libre **por Alina Herrera Fuentes** -13-

Educación antirracista y enseñanza de la biología. ¿Se puede? **por Yonier Alexander Orozco Marin** - 14-

Con Colón también llegó el dolor **por Ulises Padrón Suárez** -17-

CONÉCTATE CON AFROCUBANAS

Email: afrocubanas.larevista@gmail.com
Website: www.afrocubanas.com
Facebook: [@afrocubanas.larevista](https://www.facebook.com/afrocubanas.larevista)
Instagram: [@afrocubanas](https://www.instagram.com/afrocubanas)

DESMONTANDO LEGADOS OCCIDENTALES PARA CONSTRUIR CAMINOS DE EMANCIPACIÓN

“Que nada nos sujete, que nada nos defina, que la libertad sea nuestra propia sustancia.”

Estas palabras fueron dichas por Simone de Beauvoir en algún texto que ahora mismo no viene a la memoria. Hay importantes lecciones en esta idea de libertad. Una de ellas es la posibilidad de definirla en nuestros propios términos. No obstante, sabemos que los ideales de felicidad que nos venden procuran dejar ilesas las jerarquías sociales, dejando así también el menor espacio posible a nuestra libertad.

Esta edición de *Afrocubanas. La Revista* trata precisamente de los desafíos para construir caminos de emancipación personal y colectiva. Winnie Bueno, autora que abre este número, cuestiona las opresiones impuestas por la monogamia y la heterosexualidad compulsoria a las mujeres negras. Propone así otras relaciones afectivas que impliquen vivir el amor fuera de las gramáticas impuestas por la ideología burguesa occidental y heterocentrada.

De la mano de Mel Herrera somos provocados a pensar el modo en que determinados cuerpos son cercenados en su posibilidad de existir, apelando a políticas de miedo que construyen a las corporalidades negras como amenazantes, feas, cuerpos que deberían ser rechazados. ¿De qué están hechos los ojos que observan fealdad en presencia de los cuerpos negros? Como bien diría Paul B. Preciado en su libro *Manifiesto contrasexual*, el cuerpo es un texto; un texto que muchas veces se lee por medio de lentes racistas –agregamos nosotras.

El problema no está en la “raza” negra. De lo que se trata es de descolonizar la perspectiva de quien mira. Esa es justamente la provocación que trae el texto de Yonier Orozco, quien revisita los discursos canónicos de las “ciencias exactas” para proponernos una biología antirracista que, al trabajar con “lo vivo”, se interrogue e interpele a los procesos racistas de exterminio de personas, territorios, saberes.

Sobre el exterminio de vidas no humanas en nombre de la excepcionalidad con que nosotres, humanos, nos colocamos frente a otras especies vivas, nos habla Sandra Abd’Allah-Álvarez Ramírez. Las decisiones en torno a cómo nos alimentamos están atravesadas también por lógicas de clase que es preciso observar de forma crítica. Al final, ¿quién es la alteridad, humana y no humana, que importa? ¿De dónde vienen los criterios con los que juzgamos cuáles existencias son más o menos válidas?

Es preciso una genealogía del racismo que nos permita ubicar su fundación en los procesos de colonización. En esta tarea genealógica nos auxilia Ulises Padrón, quien desmonta la narrativa de “amor romántico” salvacionista con que siempre nos presentaron a Cristóbal Colón, para mostrarnos que ya no nos creemos ese cuento.

Para finalizar, el poema de Alina Herrera es casi un eco de la voz de Gloria Anzaldúa cuando dijo “no me deis vuestros dogmas y vuestras leyes. Quiero la libertad de poder tallar y cincelar mi propio rostro” [1]. Que el empeño en esculpir nuestra propia libertad se encienda, se avive y se multiplique mientras ustedes recorren este número de *Afrocubanas. La Revista*.

Consejo de Redacción

Planeta Tierra

Noviembre, 2020

[1] Anzaldúa, Gloria. “Los movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan”. In: hooks, bell; Brah, Avtar; Sandoval Chela; Anzaldúa, Gloria (org.). *Otras inapropiables: Feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2004, pp. 71-81.

¿POR QUÉ YO, UNA MUJER NEGRA, COMENCÉ A CONSIDERAR LA POSIBILIDAD DE RELACIONARME DE FORMA ABIERTA? WINNIE BUENO

Este texto es un intento de diálogo. Un intento de conversar sobre otras formas de relacionarse, a partir de la perspectiva de una mujer negra que recientemente descubrió, a través del afecto entre mujeres, otras posibilidades para pensar el amor. Asumo aquí una perspectiva que parte de mi experiencia y que no es una regla. De hecho, en los últimos años comencé a entender que dictar normas sobre las relaciones también es una forma de limitar la expresión de las subjetividades de las personas negras. El hecho de que yo considere la posibilidad de relacionarme de forma abierta, no significa que todas las mujeres negras tengan que experimentar esta posibilidad como una regla. No obstante, creo que hablar abiertamente sobre esto puede llevarnos a una reflexión en torno a determinados asuntos que aún hoy nos aprisionan en patrones afectivos que no necesariamente dialogan con nuestras necesidades de cariño y amor.

Le confieso al público lector que durante mucho tiempo pensé que las relaciones abiertas eran una bobería de personas blancas. Durante todo el tiempo que tuve relaciones con hombres rechacé esta posibilidad, y creo que tiene que ver con la tal heteronormatividad obligatoria. En un mundo en el que el hecho de ser una mujer negra me coloca una serie de límites en términos afectivos, relacionarme abiertamente me parecía una trampa en la que siempre me pasarían por alto. De hecho, la primera vez que me tropecé con la posibilidad de relacionarme de forma abierta, automáticamente la rechacé, porque para mí, en ese momento, una relación cerrada era la única forma de sentirme completamente amada y única. Sentirme única, amada, respetada era sinónimo de ser la única mujer deseada por ese hombre deseado. De hecho, el hombre en cuestión era blanco.

Nada más lógico que yo, una mujer negra retinta, me sintiera desatendida en una relación con un hombre blanco. Las relaciones interraciales pasan casi siempre por una reflexión acerca de ser colocadas en un segundo plano por motivos raciales, lo que muchas veces se traduce en una necesidad de exclusividad que no se discute, aparece como una forma protectora, como una defensa, como un escudo. Pensamos que, al relacionarnos de forma abierta, recaeremos en el estereotipo de la negra fogosa insaciable. Y es natural que pensemos de esa manera, especialmente cuando nos relacionamos con los hombres blancos, porque esta es la narrativa que les han contado a ellos sobre nuestros cuerpos.

El patrón afectivo que se nos ha presentado desde muy pequeñas se basa en una heteronormatividad blanca patriarcal. El amor romántico de las historias de princesas de Disney, que consumimos desde muy pequeñas, significa nuestra redención. Somos vapuleadas por un imaginario social del amor en el que no estamos contempladas. La princesa blanca, pura y buena que necesita ser salvada y rescatada por un príncipe azul no es una mujer negra. Y no lo es, porque a esas mujeres no les está permitido el acceso a una feminidad blanca por una razón obvia: es blanca.

Durante mucho tiempo esto fue un problema para mí, hasta que entendí que no lo era ni debía serlo. El problema aquí es que esta construcción universal de la feminidad es una forma de controlar la sexualidad y el comportamiento de las mujeres negras: si no nos relacionamos dentro de la heteronormatividad se nos lee socialmente de una manera aún más deshumanizadora. La mera existencia de nuestros cuerpos negros es ya un motivo para que seamos deshumanizadas y, muchas veces, rechazamos automáticamente otros modelos afectivos porque la anulación subjetiva que sufrimos nos quita la posibilidad de elaborar nuestra afectividad de forma autónoma y emancipadora. Asumimos determinados patrones afectivos como los únicos posibles para consolidar la percepción de que seremos amadas y queridas, porque esos son los únicos modelos que nos son presentados.

Al escribir este texto, por ejemplo, busqué imágenes de parejas poliafectivas no heterosexuales y no blancas. Casi no encontré. Mi investigación me llevó a una mayoría de imágenes de hombres negros en el centro con mujeres negras y no negras a su alrededor e imágenes de parejas poliafectivas blancas. No encontré ningún registro de relaciones polifafectivas entre mujeres negras, por ejemplo. Solo fue posible encontrar imágenes vinculadas con este modelo de relación cuando escribí los términos en inglés.

¿Eso significa que estas relaciones no son posibles o que no existen? No. Esto apunta a un patrón de relaciones que muchas veces termina moldeando lo que pensamos sobre las posibilidades de construir afectos. El moralismo que rodea a los términos “poliamor”, “relaciones abiertas”, “poligamia”, “amor libre”, nos lleva a asociar estas palabras con desenfreno y ausencia de responsabilidad afectiva. Además, como el poder de nombrar experiencias y controlar narrativas sigue siendo hegemónicamente blanco, leemos estos términos como “cosas de blancos”.

Este fenómeno es común con otros asuntos. Durante mucho tiempo hemos entendido el veganismo como “cosa de blancos”, el yoga como “cosa de blancos”, las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo como “cosa de blancos”, el abolicionismo penal como “cosa de blancos”, cuando de hecho hay múltiples experiencias no blancas de alimentación que no están centradas en el consumo de carne, experiencias afectivas que no están pautadas por la idea de sexo biológico, que no están guiadas por presupuestos civilizatorios eurocéntricos, occidentales, y el yoga es originario de la India, que es todo menos un “país blanco”.

Entre varias cuestiones en torno a la monogamia y el amor romántico, hay que decir que una parte significativa de la consolidación de esta práctica está relacionada con la lógica patriarcal eurocéntrica. Al consolidar la monogamia como el tipo afectivo ideal y “normal”, es más fácil controlar la transmisión de la propiedad entre familias nucleares. La monogamia integra la concepción de la familia tradicional blanca y burguesa. De hecho, otras configuraciones familiares y afectivas son consideradas por esta lógica como primitivas y salvajes. La idea de lo primitivo y lo salvaje está directamente relacionada con presupuestos evolutivos que se basan en perspectivas eugenistas y racistas. Es decir, hay un control ideológico de las relaciones afectivas que en última instancia solo sirve para consolidar presupuestos que sitúan todo lo que no está fundado en la lógica hegemónica blanca como animalista, salvaje, no humano.

Cuando hablamos de relaciones no monogámicas, no nos referimos solo al sexo, sino también a conexiones emocionales e intimidad. Creo que es posible construir estas conexiones de una manera no monogámica, pero también entiendo lo difícil que puede ser cuando estamos tratando con personas que históricamente han sido interpretadas como máquinas sexuales. A menudo, las relaciones no monogámicas y los acuerdos de relaciones abiertas nos parecen inaccesibles porque durante mucho tiempo hemos aprendido que no somos personas dignas de amor, ni siquiera de un amor, mucho menos de un amor múltiple. El amor entre personas negras y la posibilidad de vivirlo de una manera que no esté mediada por controles construidos por el pensamiento hegemónico blanco y eurocéntrico es aún algo nuevo. Y requiere diálogo, paciencia, intercambios, respeto.

Solo comencé a considerar la posibilidad de relacionarme de manera abierta y no monogámica cuando empecé a relacionarme con mujeres negras, porque fue cuando entendí el amor más allá de las normas y también de la escasez. Romper con la heteronormatividad, para mí, fue una clave importante para pensar en las relaciones basadas en otros acuerdos.

Evidentemente, y esto es fundamental, lo que aquí presento no es una regla. De hecho, ni siquiera es un pensamiento rígido y acabado. Puede ser que en otro momento de mi vida otro tipo de relación sea más pertinente para mí, pero quiero poder descubrirlo libremente.

Creo que este es un punto central cuando hablamos de relaciones. Al querer tutelar y poner límites a las construcciones afectivas de personas negras acabamos reproduciendo los instrumentos de control que nos deshumanizan. Una mujer negra que opta por relacionarse de forma monogámica no es ni más ni menos mujer negra que yo. Así como el hecho de que yo reflexione sobre las posibilidades de las relaciones poliafectivas no me convierte en un hada ilustrada de la deconstrucción.

Lo que estoy puntualizando aquí es la disposición a dialogar, ya que la idea de posesión y control de las conexiones emocionales y la intimidad de las personas negras también es una agenda importante, inclusive en términos políticos. Determinar libremente nuestros modelos de relaciones afectivas es una forma de ejercer nuestra autonomía. Y la autonomía significa no dejarnos controlar por normas que nos deshumanizan y por conceptos que nos bestializan. Empecé a considerar otros arreglos afectivos porque entiendo cómo la monogamia, los conceptos de familia eurocéntricos y las lógicas heteronormativas están diseñados para anular mi subjetividad.

Empecé a plantearme la posibilidad de relacionarme de forma no monogámica porque la principal razón por la que me libré de la heterosexualidad compulsoria fue la comprensión de que esta limitaba mis posibilidades de construir el amor, el afecto, el deseo y la sexualidad. Por lo tanto, al considerar las relaciones no mono, me permito expandir esta perspectiva.

Todavía no sé si me funciona, pero quiero ser lo suficientemente libre para probarlo. Quizás este sea uno de los pocos campos de mi vida donde puedo tener total autonomía. Y eso me parece bastante emancipador.

Espero que este texto nos permita dialogar e intercambiar percepciones. Que mi elección de permitirme amar de una manera no monogámica no sea un motivo de control o un estereotipo emblanquecedor. Que la posibilidad de relacionarme de forma no monogámica no esté mediada por la exotización de mi sexualidad y mi deseo. Que seamos capaces de ampliar nuestros debates a partir de la comprensión de que somos múltiples, con subjetividades múltiples y no esencializadas. ¿Es posible hablar de posibilidades de relación entre personas negras sin reproducir las lógicas que nos deshumanizan?

Necesitamos autoconocimiento, necesitamos ser capaces de explorar nuestra sexualidad y las posibilidades de encuentros íntimos más allá de las normas. Estar abierta a relacionarme dentro de modelos afectivos no heteronormativos significó para mí un fortalecimiento de mi autoconocimiento y de la importancia del diálogo. Las relaciones abiertas no significan la ausencia de amor, afecto y cuidado. En general, cuando hay diálogo, consentimiento, afecto, amor propio y disponibilidad estas relaciones pueden significar una construcción de amor en abundancia, deconstrucción de sentimientos de posesión y celos y, sobre todo, la expansión de lazos de afecto y complicidad.

Pensar en relaciones no monogámicas me permitió pensar en el papel de la posesión en relación con el cuerpo de las mujeres negras, en la vida de las personas negras. Es ese sentido de posesión el que históricamente nos aprisiona y controla y yo no quiero que eso marque el modo en que comparto afecto, sobre todo con otras mujeres como yo.

A nosotras nos es negado el amor, y el amor es quizás uno de los sentimientos más relacionados con la idea de humanidad. Al ser retiradas de esa experiencia, se nos considera menos humanas. Es fácil odiar a personas negras porque a ellas no se les ofrece el amor. Sin embargo, para experimentar el amor no necesitamos poseer a los otros. Al contrario, es el sentimiento de posesión lo que limita el amor.

Ya somos controladas por reglas sociales blancas que nos deshumanizan en varios aspectos de nuestras vidas. Romper con los patrones de relación heteronormativos y blancos fue emancipador para mí porque me permitió manejar mis sentimientos de una manera más genuina. Es un proceso continuo y no es sencillo. La no monogamia puede ser muchas cosas y tener muchos significados para cada persona. Para mí ha significado una forma de estar atenta a los controles ideológicos racistas y sexistas que me han angustiado hasta en lo más poderoso de la humanidad: el amor.

Comprender nuestras emociones y poder hablar de ellas sin que nuestros sentimientos sean moneda de cambio es parte de este proceso. Más que eso, respetar nuestros límites emocionales es fundamental para que podamos relacionarnos afectivamente de forma sana, no controladora y, principalmente, no organizada a partir de las expectativas afectivas que la blanquitud entiende como normal y deseable.

Traducción: Yarlenis Mestre Malfrán

Texto publicado originalmente en portugués: «Porque eu, mulher negra, passei a considerar a possibilidade de me relacionar de forma aberta». *Sororidade Não mono*, junio de 2019.

TIENES EL NEGRO CERCA

MEL HERRERA

“Tú saliste adelantada. Menos mal”

“Tus facciones son bastante finas”

“Tú no tienes el pelo tan malo, pero tu mamá acabó” (haciendo referencia al hecho de haberme concebido con un hombre negro)

“¡Bastante clarita saliste pa’ como es tu familia paterna!”

“Tienes el negro cerca”

Antes no me cuestionaba lo racista de estas frases que me decían; incluso algunas me parecían halagos. Ser afrodescendiente o nacer con piel oscura no te exime de asumir y repetir actitudes racistas e incluso no ver nada malo en esas frases. Me costó darme cuenta porque me crié con mi abuela blanca, que no le perdonó a mi mamá haber estado con un hombre negro.

Mi abuela blanca fue y será siempre una mujer santa para mí, con todo y sus defectos, con todo y su racismo; ella, analfabeta, católica, pobre, no hizo más que repetir los patrones de opresión y de racismo con los que fue educada. Desde pequeña me decía que yo no tenía nada que ver con mi “otra familia”, que sus costumbres y prácticas no eran las nuestras. Aquello era atraso.

Mi abuela blanca me decía, incluso, que cuando mi papá me llevara a casa de mi abuela negra no probara nada que me dieran de comer o beber y que cuando fueran a hacer alguna ceremonia cerrara los ojos, que no mirara.

Mi abuela blanca, la persona que más me ha dolido perder hasta hoy, era una mujer con actitudes racistas. Y no me avergüenza decirlo, porque según fui creciendo y criticándole estas actitudes siempre se mostró muy receptiva y fui testigo de cómo en los últimos años de su vida luchó por erradicar todo el racismo que había heredado.

A escondidas de mis padres, cuando estábamos a solas ella y yo, mi abuela blanca me hacía una especie de masajes en la nariz para que se me afinara más, porque mi nariz no podía ser como la de mi abuela negra, ni podían llamarme la atención las costumbres de aquella otra familia.

Crecí con mil prejuicios y actitudes racistas también, pero supe hacer lo que mi abuela blanca no pudo, debido a sus propias limitaciones y las de su tiempo; supe cortar con la reproducción de estas actitudes inculcadas.

Vine a amar y a interesarme en mi cabello hará alrededor de dos años, porque antes me parecía una desgracia, solo por poner un ejemplo. Durante mucho tiempo no fui consciente de mi racismo, ni de que también reproduje patrones con los cuales solo me oprimía a mí misma. Quería otro pelo, otra nariz, otro pasado.

Pero hice mi tarea, y la sigo haciendo. Y he dicho suficiente por estos días, he brindado información, propiciado debate, reflexión. No puedo hacer más nada. No puedo ni tengo cómo meterme en la piel de otra persona que no comprende el racismo ni se cuestiona algunas prácticas que parecen tan sanas pero que terminan siendo racistas y perpetúan estereotipos. Educar es tarea comunitaria, pero tiene que haber un sincero interés individual por desear educarse. Es todo.

Me preguntaron de manera maliciosa si yo, que tanto andaba involucrada en “estos temas antirracistas”, no me iba a poner un turbante hoy, Día de África. África reducida a una prenda, pero en eso ni me detuve. Solo respondí que no lo haría. No critico a nadie que lo esté haciendo con respeto. Solo que por respeto a la propia África no voy a usar una prenda que nunca uso a lo largo del año.

EL PRIVILEGIO ES PODER ESCOGER QUÉ COMER

SANDRA ABD´ALLAH-ÁLVAREZ RAMÍREZ

Privilegio es que haya ido a la universidad, porque hay quienes tuvieron que salir del preuniversitario directo a trabajar para ayudar a sus familias.

Privilegio es que ahora mismo esté sentada en cualquier rincón del planeta, mientras ya pienso que el verdadero disfrute tiene la dirección del Malecón, hoy desierto por el toque de queda.

Así entre privilegios y faltas, existen muy pocas cosas que no lo son. Todo depende de los ojos que lo lean. No obstante, el veganismo no lo es.

En la mesa de mi casa se fundó el afroveganismo cubano. En muchas ocasiones mi madre solo podía poner arroz y frijoles escasamente sazonados. En otras, con mucha suerte, y luego de pasarse una semana sentada a la máquina de coser, me mandaba a la pescadería de Dolores y 19 a comprar una cajita de picadillo de pescado que había que estirar con una salsa entomatada para que alcanzara para el otro día. Éramos 5 bocas y ese día éramos también pescado-vegetarianos.

El agua con azúcar o la limonada, en días de fiesta, eran las bebidas refrigerantes del momento. A veces no teníamos los 25 kilos que costaba la leche y además había que guardarla para desayunar.

El “periodo especial” volvió a plantear el dilema del vegetarianismo, solo que esta vez no únicamente para las familias empobrecidas sino para casi toda la población del país. La pasta de ají vegana se inventó en Cuba en los 90, el bistec de toronja, el dulce de coco de zanahoria. La mayor de las Antillas tiene una larga tradición de comida vegeta.

Poder escoger si comes esto o lo otro constituye el verdadero privilegio. Hay mucha gente que no tiene qué llevarse a la boca. Si aun después de tener esa posibilidad escoges productos cárnicos, no me echas la culpa a mí de tus elecciones. Tú escoges y yo también. En mi cosmovisión no debería ser una opción alimentarse a costilla de las hembras y los bebés de otras especies tan animales como nosotros. Sin embargo, como mismo defendiendo mi derecho a comer solos productos veganos también respeto el tuyo de alimentarte como deseas.

Pongámonos serias. Lo de la interseccionalidad o era un cuento de hadas o la usamos a nuestro antojo para realizar ciertos análisis o demandas y para otros no. No puede ser posible que tratemos de salir de una opresión y al mismo tiempo legitimemos otra. El especismo y la interseccionalidad son los contrarios de la lucha.

Así que no me hagas ese cuento. Tampoco me digas que la negritud va por un lado y el vegetarianismo/veganismo por otro. Mejor dime que eres omnívora porque quieres, porque así lo deseas, por costumbre, por tradición, por pereza, y yo diré lo mismo de mi veganismo. Pero no me vengas a hablar de privilegios. Como ya te dije, privilegio es tener algo que llevarse a la boca.

Ella se fue a mojar a la orilla
Tirada en la arena
Abrió las piernas
Y los labios
Y se dejó acariciar por la espuma tibia

Recorrió el cielo con la mirada
Y con los senos dilatados de atardecer
Sonrió de felicidad

Lo tenía todo
Las ganas
La humedad
La sal
Y la saliva de sus dedos lascivos

COMO DECIR... LIBRE

ALINA HERRERA FUENTES

Desnuda
Que es como decir libre
Buscó vivir por ese instante
En el filo del horizonte
Donde siempre se besan el cielo y la mar
Donde ella sabía bien
Que se estremecería su carne desvestida

Y siguió jugando
Bocarrriba con las nubes
Navegando mojada en la orilla
Coloreando de ocaso la arena
Borracha de paz y saciedad
Que es como decir
Plena

EDUCACIÓN ANTIRRACISTA Y ENSEÑANZA DE LA BIOLOGÍA. ¿SE PUEDE?

YONIER ALEXANDER OROZCO MARIN

Cuando se piensa la educación antirracista en la educación formal, aquella que ocurre en las instituciones escolarizadas, es común que la asociemos a una tarea de la enseñanza de las ciencias sociales o las llamadas “ciencias humanas”. No dudamos en que el combate al racismo se deba realizar desde la enseñanza de la historia, la literatura, las artes, la geografía. Pero parece que esa fuerza disminuye un poco cuando nos referimos a la enseñanza de las llamadas “ciencias exactas y de la naturaleza”. Al parecer aún es un campo poco disputado en la educación antirracista. Pero, ¿será que se puede? Mi respuesta es que sí, y no solo se puede; ¡se debe! Es una deuda histórica y una necesidad urgente.

En mi experiencia como profesor de biología, marica, mestizo, al transitar espacios educativos como la biología con niñas, niños y jóvenes, he notado que su enseñanza puede constituirse en una plataforma importante para visibilizar, reconocer el racismo individual, institucional y estructural, combatir y apropiarse de la lucha antirracista. A fin de cuentas, lo que siempre nos han dicho es que la biología es la ciencia del estudio de “lo vivo”. Y cómo no preocuparse por el racismo desde la enseñanza de la biología, cuando el racismo mata, asesina cuerpos, epistemologías, historias, posibilidades y existencias. Acaba con “lo vivo”. Por ello quiero colocar para la discusión, de manera breve, cinco razones por las cuales la agenda antirracista debe formar parte central de la enseñanza de la biología, y cinco posibilidades para esta articulación.

Cinco porqués

La biología es una de las ciencias que más contribuyó a legitimar el racismo: La historia de la biología es la del racismo, así como en la historia del racismo siempre encontramos a la biología. El concepto de raza en la especie humana nace en la biología: las mediciones de cráneos, la experimentación con cuerpos negros e indígenas sin seguir procedimientos éticos; el darwinismo social, la eugenesia, el nacimiento de las neurociencias, siempre han coqueteado fuertemente con la biología. Y ni para qué les digo que escuchen declaraciones recientes del ganador del Nobel James Watson. Una pena. Cuando se enseña una ciencia, creo que estamos de acuerdo que lo mínimo es asumir el legado histórico que esta reforzó, reconocerlo y combatirlo.

Todavía se enseña que existen las razas en la especie humana: Sí, por increíble que parezca, en este mismo momento, varias niñas, niños y jóvenes están escuchando de algún profesor o leyendo en algún libro didáctico que existen las razas humanas determinadas a nivel morfológico, geográfico o genético. Estamos lejos aún de enseñar una biología honesta en relación con este aspecto.

Glorificamos científicos y científicas (blancos) por sus descubrimientos, pero escondemos sus violencias racistas: Se enseña que Linneo es el gran padre de la taxonomía, invisibilizando el hecho de que mencionaba que los europeos eran, entre otras cosas, “musculosos, de cabellos abundantes”. Cosa curiosa, pues cuando se ve la pintura del propio Linneo, se encuentra uno con una enorme peluca y algunos kilos que no me atrevería a decir que sean músculos. Él mismo no dudó en decir que los africanos eran “perezosos” en tiempos en que el trabajo forzado esclavo estaba aún lejos de abolirse. No es difícil encontrar otro montón de ejemplos.

El epistemicidio es base fundante de la biología: El solo hecho de suponer que el estudio de “lo vivo” se inicia en Grecia con las clasificaciones de Aristóteles, ignorando el saqueo epistémico de Grecia a otros pueblos, el apagamiento de toda una producción científica precedente (hablo de miles de años antes), y de una gran diversidad de saberes y cosmosensaciones sobre “lo vivo”, colocándolas en el lugar de “creencias” y “supersticiones”, denota una violencia fundada en la biología.

La blanquitud es una marca predominante de la biología y su enseñanza: Basta reparar que cuando se habla de la historia, filosofía y sociología de la ciencia y sus contribuciones para la enseñanza de la biología solo se reconoce la producción científica de personas blancas (en su mayoría hombres cis). El cuerpo que aparece en los libros didácticos cuando se representan los sistemas (digestivo, respiratorio...) es el considerado “universal”, blanco. Curiosamente, no ocurre lo mismo cuando hay que hablar de desnutrición, pobreza o similares.

Cinco posibilidades

Disputar el lugar de privilegio de la blanquitud desde la enseñanza de la biología: Es un derecho de las niñas, los niños y los jóvenes aprender sobre Darwin, Mendel, Hooke y Pasteur. Pero también es un derecho y una necesidad urgente que las y los estudiantes aprendan también sobre Cheikh Anta Diop, Percy Julian, los saberes de pueblos precedentes por siglos a Grecia y que construyeron nada más y nada menos pirámides, realizaron cirugías craneales; el saber de las parteras en la región del Pacífico en Colombia, la filosofía Muntú y su relación con la naturaleza y la espiritualidad, y una inmensidad de científicas y científicos indígenas, negras y negros, trans que contribuyen a pensar biología al servicio del pueblo. Recomiendo seguir la cuenta de Instagram @descolonizando_saberes, administrada por la profesora Doctora Bárbara Carine de la Universidad Federal de Bahía, donde se presenta con detalle la producción de científicas y científicos negros en el mundo.

Permitir que estudiantes visibilicen y reconozcan el racismo estructural: Uno de los mayores clichés de la enseñanza de la biología es enseñar nutrición humana como un proceso higienizado, elitista y consumista con una pirámide alimenticia, entre otras cosas, muchas veces alejada de la realidad cultural en la que vivimos. Pensando en la realidad latinoamericana, donde muchas personas no pueden escoger lo que comen, donde el hambre es regla, amenaza y tiene color, es urgente asumir posturas antirracistas en contraposición a las posturas liberales con que estos temas son presentados en las escuelas.

Ponernos serias y serios con lo de la raza biológica: Y no son pocas las oportunidades: cuando se enseña genética, cuando se enseña célula eucariota con el ejemplo de los melanocitos, cuando se abordan enfermedades como la anemia falciforme o la propia historia del racismo científico, se puede denunciar cómo la biología, con procedimientos hoy muy cuestionados pero que en su tiempo fueron considerados válidos, inventó un concepto que hoy no tiene validez científica, el de la raza humana. Pero, ¡ojo! ¡Cuidado! Enseñar que no existen las razas humanas a nivel biológico no debe repercutir en construir actitudes pasivas en las y los estudiantes de que “como no hay raza no hay racismo”. La raza existe, el racismo existe, a nivel social. La cagada que la biología ayudó a fundamentar no se borra con decir: “qué penita, estábamos equivocados”. La realidad nos lo dice.

¿Y el racismo ambiental pa' cuándo? En muchas escuelas aún se piensa que la educación ambiental es hacer carteles sobre “cuidemos el planeta”, “cada gotita de agua cuenta” y hacer campañas para separar papel, plástico y orgánicos. Una pena. América Latina, como laboratorio cruel de todos los proyectos capitalistas, coloniales, racistas, neoliberales, sufre constantes desastres ambientales que se dirigen a las poblaciones consideradas menos importantes por la gramática racial de nuestras sociedades. Deja de enseñarme a ahorrar agua, y discutamos la amenaza de multinacionales canadienses a los ríos en los lugares de mayor presencia afro e indígena en países como Colombia, por ejemplo.

¿Qué es eso de la vida? El concepto estructurante de la biología es quizás el menos discutido de manera seria en la enseñanza de la biología. Pero más allá de las células, los órganos, la morfología, la fisiología, los ecosistemas, la genética, que el virus sí, que el virus no, quizás una gran contribución de la enseñanza de la biología a la lucha antirracista es proponer discusiones más honestas sobre qué es la vida, lo vivo. Este es un debate que no se puede ignorar en un contexto donde la muerte tiene preferencias de color.

Hay trabajo por hacer. El desafío, según lo veo, es que la lucha antirracista empiece a aparecer, por lo menos en el horizonte, como apuesta política desde la enseñanza de la biología.

CON COLÓN TAMBIÉN LLEGÓ EL DOLOR

ULISES PADRÓN SUÁREZ

Octubre siempre ha sido un mes de celebraciones patrias. El 10, Carlos Manuel de Céspedes le dio la libertad a los esclavos, pero nadie lo vinculaba con las luchas contra España antes de 1868. Tampoco nos decían que en el centro del Grito de Yara estaba también el miedo al negro, la decapitación del conspirador José Aponte, quien lideró el primer levantamiento abolicionista nacional, y el blanqueamiento del patricio José Antonio Saco, reformista y antianexionista.

La historia narrada como un parteaguas civilizatorio de la cual Céspedes se levantaba incólume, como después José Martí y más tarde Fidel Castro. La revolución era una, única y auténtica; sin máculas, progresiva, ascendente. No había una comprensión de los múltiples factores que llevan a un día a ser un acontecimiento. El mito había borrado las voces negras, esclavizadas.

El 12, la llegada de Colón en La Niña, La Pinta y Santa María. Bautizaba a su paso “la tierra más hermosa que ojos humanos hubieran visto”, plantaba la bandera declarando como español todo territorio al que tocara. El mercado desigual, el choque de culturas, la lengua impuesta, el lenguaje criollo, las sociedades coloniales nacientes. Toda una madeja de hechos, no ensalzados, que ocultan las culturas originarias y transplantadas; que enaltecen mediante el silenciamiento la cultura eurocéntrica.

La llegada de Colón era una novela de ciencia ficción, según los maestros. Un mito moderno de Odiseo aunque, a diferencia del rey de Ítaca, quien estuvo diez años navegando, Colón solo demoró tres meses para tocar tierra.

Como fantástica fue la primera enunciación de América: la naturaleza exuberante no era como la europea; los animales caprichosos no eran como los de allende los mares; el indio no era como “nosotros”.

La fijeza de siglos de islas paradisíacas como las hembras más bellas, las mulatas más hermosas y las negras más dóciles sigue encadilando a los ojos del foráneo. Recientemente, un izquierdista latinoamericano “decolonial” ofrecía una mirada estereotipada de Cuba.

Con Colón llegó Europa a América, ¿alguien sabe cómo se les llamaba antes a estas tierras? Y con ella, una hispanidad, una africanidad y ancestros negros, un amor por el mar. Una historia de dolor. Con Colón llegó el dolor también.